

Comentarios y aportes a Scott Lash

Maristella Svampa

Hay 2 temas que me parecen centrales en la presentación que acaba de hacer Lash y que aparecen justamente en el título de su trabajo: la filosofía de la vida, por un lado, la era de la información, por el otro.

En primer lugar, su presentación ofrece una reflexión acerca de los diferentes aspectos que el vitalismo tiene en la obra de Simmel, y ello en un contexto en el cual las filosofías de la vida están "de regreso". El análisis nos propone no sólo un recorrido por la concepción de Bergson, "el otro de Simmel", por decirlo de algún modo, y aquella de Nietzsche, ambos padres fundadores del vitalismo. También plantea las diferencias y acuerdos con la obra del propio Kant, cuestión crucial si tenemos en cuenta la fuerte influencia del neokantismo en la época de Simmel. Por último, hay interesantes referencias a la impronta que el evolucionismo de Darwin y de Spencer, dejaron en algunos meros trabajos de Simmel, sobre todo en aquel sobre la diferenciación social.

En segundo lugar, más arriesgadamente, la propuesta de Lash es la de releer el vitalismo de Simmel, a la luz de las nuevas estructuras de la comunicación y la información; esto es, su lectura constituye un esfuerzo importante por realizar una suerte de actualización de la noción central de Simmel, la de "vida", conectándola con la de "flujos", algo que le permitiría hablar, como lo hace de manera más desarrollada en otros textos, de "Formas tecnológicas de la vida"

La primera parte se desenvuelve en tres movimientos que analizan las dimensiones de la vida y de las formas, recorriendo conceptos tales como naturaleza, moral y valor, y por último, vida social. La segunda parte se sumerge más en la relación entre los flujos y la información, por un lado, la forma y los media, por el otro.

Yo quisiera dividir mis comentarios y aportes en dos partes: En la primera, quisiera detenerme en un concepto que me parece central para comprender la reflexión de Lash en torno a Simmel: la vida y su carácter auto-generativo o auto-poietico. Me gustaría también señalar la vinculación de este aspecto con otras obras de Lash que incluyen a Simmel en su reflexión: me refiero específicamente a la noción de reflexividad estética.

En segundo lugar, quisiera realizar algunas preguntas y plantear la importancia de ciertos temas simmelianos, que considero que están menos presentes en la audaz y por demás erudita reflexión de Scott Lash.

1)

El concepto central de Simmel que atraviesa la lectura de Lash *es el de la vida como movimiento y como valor*. Y esto en sus dos aspectos fundamentales, esto es, como reproducción y producción social; como destrucción de la vida y al mismo tiempo, como intensificación de la vida.

Lash se pregunta cuál es el valor más importante para Simmel y responde, que éste es la vida misma que en su movimiento genera más vida. De allí la conexión entre la filosofía de la vida y el dinero, en tanto el dinero, mediador absoluto y nivelador universal, como la vida, deviene un valor en sí, un "acto puro", como dice Simmel en las últimas líneas de la Filos. Del dinero.

Mucho se ha dicho y muchos han comparado la visión que Simmel desarrolla en La F. Del dinero con El Capital de Marx. De Marshall Berman a David Harvey, son muchos los que han subrayado el modernismo como un rasgo central en la concepción de Marx, y no son menos los que hoy señalan que la nueva modernidad (o la modernización reflexiva, como diría Beck) da cuenta del triunfo de la dinámica del capitalismo, tal como ya lo había señalado Marx, pero despojada de toda filosofía de la historia. Lo cierto es que para Marx, la dinámica de este proceso revolucionario, está marcada por el "valor en movimiento". Así, esta dinámica incesante implica la propia permanencia del capital como una fuerza revolucionaria y de ruptura dentro de la historia mundial.

Si hago referencia a estas relecturas de Marx, es porque uno puede comparar la interpretación que de Simmel desarrolla Scott Lash, así como también David Frisby, con aquella otra que Berman y Harvey hicieron de ciertos aspectos de la obra de Marx. Estas lecturas subrayan lo propio de la modernidad como un perpetuo movimiento de creación y

destrucción, tanto de valores, bienes, personas y capitales. Ambos subrayan el giro hiperbólico, la aceleración de los intercambios, la circulación veloz de mercancías.

Ciertamente, nadie puede negar que en la obra de Simmel hay otros mundos presentes que faltan en la obra de Marx (y viceversa). El valor en Marx es el trabajo productivo; en Simmel el valor es la vida, que encuentra en el dinero el mediador por excelencia, a raíz del vertiginoso desarrollo de la economía monetaria. Para Marx, el valor en movimiento da cuenta de la manera en cómo el capital busca incesantemente nuevas formas de acumulación de ganancias; para Simmel, el dinero en tanto valor en sí ha eliminado toda referencia a un substrato sustancial; es una pura relación, un símbolo. El dinero, en palabras de Simmel, "es el fenómeno más característico de todos aquellos de nuestro tiempo en el cual el dinamismo tiene el lugar central de toda teoría y de toda práctica" (testament philosophique, p.301). Más aun, cuando Simmel critica la especialización y fragmentación que produce la moderna división del trabajo y la rápida circulación de mercancías, está reflexionando acerca de la desconexión del producto con la "unidad anímica" del alma, así como sobre la desaparición del "aura" subjetiva del producto en su relación con el consumidor. Cuando, por su parte, Marx recusa la objetividad fantasmal del mundo de la mercancías es para recordar que el verdadero mundo es aquel, el de la producción. En la diferencia que hay entre la noción del "autor" en Simmel y la de "productor" en Marx, se manifiesta tanto el vitalismo como el subjetivismo que recorre la obra de Simmel.

Ahora bien, volviendo a la lectura que Lash hace de este aspecto de la obra de Simmel, me parece importante el concepto de "auto-generación", cito: "a través de una transcendencia de la vida de formas existentes y la creación de nuevas formas" (S.L.p.7). Este concepto está muy cerca del principio de auto-poiesis, cuya formulación sociológica encontramos en la obra de Lhumann. Un concepto que, por otro lado, tiene más afinidades con la imagen de una sociedad en la era de la comunicación y la información, así como también con la noción de "reflexividad", a la cual Lash adhirió y desarrolló en varias de sus obras.

Y en la noción de reflexividad quisiera detenerme ahora, pues Lash, tanto como Beck y Giddens, durante un cierto tiempo confluyeron en una suerte de proyecto común, el de sentar las bases de una teoría de la modernización reflexiva, que tenía por objeto abordar las nuevas relaciones entre los agentes y las estructuras.

No quiero aburrir al auditorio con una disquisición sobre el tema. Solo quiero recordarles que para los tres autores citados la reflexividad es tanto un rasgo institucional como un recurso de los agentes. Más simple, para Giddens, la otra cara de la globalización es la reflexividad como proceso dirigido no precisamente contra el sistema, sino más bien hacia la transformación de la tradición. Desde el punto de vista de la experiencia individual, este proceso de destradicionalización lleva a poner el acento en las nuevas dimensiones que cobran las relaciones íntimas y en la multiplicación de medios que dispone el individuo para construir reflexivamente su yo, en fin, en la posibilidad (y necesidad) que tiene de elegir y recrear diferentes estilos de vida. Para Beck, la modernización reflexiva debe ser entendida desde la noción de auto-confrontación de la sociedad con sus riesgos colaterales latentes (riesgos sociales, ecológicos, laborales). De manera más específica, la otra cara de la globalización es tanto el proceso de individualización como la emergencia de una "subpolítica".

Para S. Lash la reflexividad aparece tanto como un recurso de las estructuras (Lash y Urry en "Economías de signos y espacio" describen los diferentes modelos de producción reflexiva que existen en la actualidad), pero también se refiere al obrar humano, en términos de auto-regulación. Lash insiste en que la reflexividad debe ser leída menos en términos de esencia o atributo aislado y más como una relación que emerge de los cambios importantes que se operan en esta nueva fase de la modernidad, y configuran así nuevos procesos de individualización, por un lado; nuevas estructuras de comunicación e información, por el otro.

Una vez especificada la dinámica propia de la modernización reflexiva, son dos las cuestiones centrales que en torno a la temática aborda Lash: por la primera, le interesa determinar quiénes son los agentes de la reflexividad; por la segunda, se propone establecer las diferentes formas de reflexividad existentes.¹

Respecto de las diferentes formas de reflexividad, Lash subraya la importancia de la reflexividad estética o expresiva por sobre la reflexividad cognitiva, dada la resonancia que él ve entre modernidad tardía y reflexividad estética.

¹ S.Lash y J.urry, *Economías de signos y espacio. Sobre el capitalismo de la posorganización*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998, p. 421. Véase también de S.Lash *Sociología del posmodernismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1997 y dentro del volumen publicado junto con Giddens y Beck, sobre *Modernización Reflexiva*, el artículo "La reflexividad y sus dobles. Estructura, estética, comunidad", pp.137-209.

Aclaremos que Lash considera que la reflexividad de tipo cognitiva, de la cual hablan tanto Giddens como Beck, prioriza la apropiación reflexiva del saber, de los roles sociales, de los recursos marcados por la estructura social. Según Lash, este tipo de reflexividad posee claros componentes instrumentales o éticos, y está siempre mediada por el conocimiento. En cambio, la reflexividad estética o expresiva no es conceptual sino mimética y trae consigo "una *comprensión* de sí, y la comprensión de prácticas sociales implícitas"². La reflexividad estética está menos mediada por el sujeto y más motivada por el fenómeno que es representado (la capacidad icónica de las llamadas "señales", sobre todo, las producidas por las industrias culturales)³. Por supuesto, este tipo de reflexividad de índole estética aparece asociada al nombre de Simmel y otros representantes del modernismo literario, como Baudelaire, Benjamin, Bataille. Más aún, es necesario recordar que esta tradición ha sido un tanto descuidada por la sociología académica y sólo parece haber adquirido letras de nobleza en el campo de los estudios culturales.

En suma, la reflexividad estética hace referencia a "los sistemas expertos estéticos, el uso del filme, la televisión de calidad, la poesía, los viajes y la pintura como medios en la regulación reflexiva de la vida cotidiana"⁴. Dicha enumeración nos lleva a afirmar que este tipo de reflexividad posee un rol mayor a la hora de analizar los nuevos procesos de individualización. Más aún, los modelos de subjetividad al que conduce este tipo de reflexividad están basados en el cultivo del deseo, la imaginación creadora, lo afectivo y lo placentero.

Sin embargo, pese a su riqueza, el concepto de reflexividad estética o expresiva contiene ciertas ambigüedades.

Riquezas: En tanto teoría del agente y de las estructuras, la reflexividad estética postula otra fuente de la modernidad a partir de la cual se construye el sujeto. Esta se desdobra en la teoría del símbolo y aquella otra de la alegoría. "El símbolo, corresponde a la tradición romántica, y su apelación a la naturaleza, a la no separación entre forma y contenido, a la defensa de los simbolismos profundos". La alegoría alude a una fuerza menos estructurada, más anárquica y urbana, que implica una separación radical entre forma y contenido. En *Another Modernity* Lash aplica esta matriz a las nociones de vida

² S.Lash y J.urry, *Economías de signos y espacio. Sobre el capitalismo de la posorganización*, op.cit., p.18

³ Ibidem, p. 172.

⁴ Ibidem, p. 82.

que ofrece Simmel. En el primer caso, la teoría del símbolo, aparece ilustrada con la concepción que Simmel tiene del arte y de la subjetividad del artista; la segunda vía, la de la alegoría, alude más a las formas objetivadas de la interacción, por ejemplo, el dinero (Véase p.129-130 cap.sobre Simmel, *Another Modernity*).

Ambigüedades: Recordemos que Lash insiste en subrayar la importancia del carácter conceptual o mimético de la mediación y el tipo de reflexividad resultante, cognitiva o expresiva, respectivamente. Sin embargo, el propio Lash observa que ésta es portadora de una ambigüedad fundamental, puesto que la reflexividad estética se halla más mediada por el objeto y menos por el sujeto y sólo es reflexiva cuando opera miméticamente sobre la experiencia cotidiana. O sea, no es reflexiva en primer grado, como sí lo parece serlo la reflexividad cognitiva, ni tampoco necesariamente crítica; más bien lo contrario, si observamos el carácter que asumen aquellas prácticas mediadas por el objeto, pero centradas en el yo. En este punto el problema mayor es extraer las consecuencias de las correspondencias que se establecen entre reflexividad expresiva y procesos de mercantilización de las industrias culturales, con sus derivas narcisistas o el consumismo de masas. En otro texto Lash parece postular un pasaje superador hacia una reflexividad de tipo hermenéutica, cuyo carácter crítico haría posible la descentración del sujeto egoísta y su vinculación con una suerte de "comunidad reflexiva", como horizonte utópico⁵. Pero luego parece haber abandonado esta vía de exploración.

Por último, no son pocas las preguntas que quedan flotando en los vaivenes de la época de la información. Pues, ¿quién podría negar que, en el contexto de los nuevos procesos de globalización existe también algo más que una afinidad electiva entre modelos neo-liberales y las nociones de des-regulación y auto-regulación que están en el corazón de la teoría de la reflexividad?. Agreguemos a esto la dificultad de que ésta teoría se constituya en una teoría crítica de la sociedad, algo que el mismo Lash plantea cuando se pregunta acerca de la posibilidad misma de la crítica social en la era de la información. Más aún, en textos recientes Lash parece cuestionar el alcance de la reflexividad, tal como ésta es planteada por Beck y Giddens. Un tema que me hace recordar a las reflexiones de Sennett acerca del carácter corrosivo del capitalismo contemporáneo respecto de una gestión reflexiva y de largo plazo.

⁵ Véase S. Lash, "La reflexividad y sus dobles. Estructura, estética, comunidad", op. cit., .194-208.

2.

En la esta segunda parte quisiera reflexionar brevemente sobre el aporte de Simmel en la comprensión de las nuevas formas de socialización.

En Simmel, la disociación y la dinámica dialéctica conllevan una mirada diferente de los procesos de socialización que colocan en el centro del análisis el concepto de **distanciamiento**. Desde mi perspectiva, considero que ésta es una de las nociones más productivas del lenguaje sociológico contemporáneo a la hora de comprender las nuevas formas de lazo social. En este sentido me interesa precisar la noción y el alcance que ésta tiene en clave simmeliana.

Como es sabido la perspectiva se aleja de aquellas más clásicas que analizan los procesos de integración social desde la noción de interiorización planteando la correspondencia entre las posiciones sociales y las percepciones subjetivas, entre normas y valores. En enfoque de Simmel –y que él de alguna manera inaugura- es aquél que problematiza la relación entre la acción y las estructuras, colocando en el centro del análisis de los procesos de socialización la noción de *distanciamiento entre el agente y las estructuras*.

Recordemos que en Simmel, al comienzo de todo, está la disociación entre la vida y las formas. Esta disyunción es de orden metafísico y como tal, tiene un carácter ahistórico. Dicha oposición plantea tanto el carácter radical de la distancia entre las dimensiones subjetivas y objetivas, así como la necesidad de la mediación entre ambas. En efecto, la disociación original va a ser vivida y pensada a través de una dinámica dialéctica, esto es de la tensión permanente, de la armonía transitoria y de la separación inevitable que constantemente va transformando una y otra dimensión en el curso de la historia social e individual. Sin embargo, el alcance de esta noción debe ser comprendido sobre todo, a la luz de los nuevos procesos que conlleva el desarrollo cada vez más vertiginoso y cada vez más abarcativo de la economía monetaria. En todo caso, el distanciamiento confirma un proceso dialéctico, al tiempo que expresa la separación de los ejes subjetivo y objetivo. Precisemos un poco más.

Simmel despliega las diferentes dimensiones y niveles desde los cuales es necesario comprender el **distanciamiento** . En efecto, a la hora de analizar las nuevas

formas (y posibilidades) de construir la subjetividad es necesario restituir el carácter ambivalente que para Simmel poseen los nuevos procesos sociales, sobre todo. En primer lugar, *es necesario tener en cuenta que el distanciamiento no es solamente una forma de la mediación sino el elemento primario de toda forma de socialización*. En este sentido, no se trata solo de afirmar tras esta noción que la socialización se caracteriza por una suerte de distancia estática del individuo respecto de los roles sociales, sino más bien de afirmar que el individuo debe definir constantemente su grado de involucramiento en la vida social. Ciertamente, el distanciamiento es irreductible y desde este punto de vista plantea como inevitable una serie de procesos de desinstitucionalización (debilitamiento de los marcos primarios de socialización, como la familia), que está en el origen de una definición individual de la situación, y de este modo, de una transformación general de las relaciones sociales.

Un pasaje de la *Filosofía del Dinero* da cuenta a cabalidad de la ambivalencia de esta dinámica del distanciamiento, cuando Simmel afirma que "el cuadro de conjunto que todo esto ofrece implica un distanciamiento en las relaciones propiamente internas y una disminución de la distancia en las exteriores" (Fil. Del dinero, p. 601). De esta manera, "lo más alejado se hace próximo a costa de aumentar la distancia respecto de lo más cercano". El dinero, mediador absoluto, hace visible esta doble dinámica de la distancia, en la cual lo extraño se hace cercano (aun dentro de la impersonalidad de las relaciones sociales) y lo familiar se toma contradictorio o extraño con las formas de existencia moderna.

En segundo lugar, *el distanciamiento no es sólo social sino también psicológico*. No olvidemos que el marco de este proceso de desinstitucionalización e individualización es la gran ciudad, en donde la mezcolanza de las formas y la promiscuidad de las relaciones amenazan más que nunca al hombre moderno. En este contexto, la objetivación del carácter que requiere la circulación social y monetaria conlleva también la necesidad de erigir nuevas fronteras protectoras, *espacios de reserva* donde cultivar y recrear la individualidad amenazada. Más aún, teniendo en cuenta que el aumento de las interacciones sociales y la aceleración de la vida moderna toma difícil la emergencia de regularidades que den cuenta de un equilibrio durable entre la cercanía excesiva y la reserva de la cultura subjetiva. No olvidemos que Simmel señala que tanto el exceso como el déficit producen formas neuróticas de comportamiento que están en la base de nuevos

modelos de subjetividad. Así, la oscilación entre la confrontación a escasa distancia con las personas y las cosas, como el excesivo alejamiento de ella, traen consigo nuevas patologías o trastornos psicológicos, como la agorafobia o la hipersensibilidad, o bien se expresan en una actitud de indiferencia y de hastío, como producto de la opresión por parte de las apariencias externas de la vida moderna. La reserva interior aparece entonces como un corolario más bien positivo de este proceso de individualización, a condición de señalar que este espacio, siempre de geometría variable, está expuesto y amenazado por el vaivén permanente que supone el aumento de las formas de interacción y la exacerbación de la disociación en el contexto de la extensión de la economía monetaria. Por otro lado, no es menos cierto que la preservación de un espacio de subjetividad sólo se logra a costa de la devaluación del mundo objetivo y de los individuos.

Por otro lado, sabemos que *la complejidad de la vida social en la modernidad se manifiesta también a través de la multiplicación -y el descentramiento- de los círculos sociales*. El individuo no es solo el resultado de la intersección de los diferentes círculos sociales sino que su riqueza, su autonomía y su individualidad, tiene que ver también con la definición del grado de involucramiento en cada uno de esos círculos, esto es, con las tensiones y las formas de identificación que conlleva.

En cuarto lugar, el *distanciamiento social y psicológico* hace posible el desarrollo de formas contemplativas de la vida; pues al tiempo que obliga a trazar una frontera desde la cual puede desplegarse la "moderna" necesidad de reserva interior, se expresa no sólo como una distancia respecto de las otras personas, sino también frente a las realidades de la vida, lo cual conduce, en este último caso, a la emergencia y construcción de una mirada estética y romántica de la naturaleza. Como señala Lash, aquí Simmel se nutre de la tradición romántica alemana que subraya la centralidad del símbolo en la experiencia estética. O para decirlo de otro modo, el sentimiento romántico aparece como una de las figuras de este tipo de distanciamiento estético, producto de una mirada consciente y a la vez nostálgica, que recuerda la unidad perdida. En suma, la agudización de la percepción conduce a una estilización y refinamiento cada vez mayor, tendencia observable en la figura del aristócrata-esteta que el mismo Simmel encarna en su época; pero que en la actualidad constituye, como bien señala Lash, un rasgo más generalizado de la vida moderna.

En definitiva, resulta imposible escapar a las oscilaciones que conlleva la permanente tensión entre lo subjetivo y lo objetivo, lo individual y lo social, lo cercano y lo próximo. El desarrollo de la economía monetaria multiplica y potencia los aspectos ambivalentes de la vida individual y cultural y tiende a llevarlos al paroxismo. A nivel individual, la medida de la tragedia, interior a la vida misma, debe leerse en relación con la medida de la tensión, esto es, con el grado o vaivén propio del distanciamiento. Sin embargo, es necesario comprender el distanciamiento también *como una suerte de recurso del individuo*, producto de la dialéctica entre la vida y las formas, suerte de medida variable y en permanente tensión en cada interacción, pero cuyo ejercicio sienta las bases de toda posible agencia o capacidad de acción. La noción de sujeto competente aparece sin duda asociada a esta visión de la socialización como distanciamiento reflexivo.

Para terminar, quiero decir que la lectura que Lash hace de Simmel me parece sumamente interesante, pues tiende puentes con las nuevas realidades, al tiempo que nos devuelve numerosos interrogantes acerca del carácter que presentan las nuevas formas sociales. En todo caso, en la lectura que Lash nos propone de Simmel hay dos temas que aparecen como cruciales: por un lado, el de pensar la vida y su carácter auto-poético (el nuevo "monismo" que ha encontrado cultores tan diferentes, desde Deleuze a Luhmann); por otro lado, el de pensar la afinidad entre reflexividad estética, industrias culturales y, de manera más general, con las nuevas tecnologías de la comunicación y la información (o también, las que Lash denomina las "formas tecnológicas de la vida").

Sin embargo, por momentos tengo la impresión que dentro de este enfoque *la dimensión trágica* del pensamiento de Simmel aparece relativizada. Y Simmel es, antes que nada, el *pensador de la disociación*, y es esa misma disociación la que está en el origen de la tragedia, pero también de la permanente oscilación dialéctica y, por último, del distanciamiento, que aparece como la marca distintiva de los nuevos procesos de individualización.

En ese sentido, nada mejor que terminar con las dos imágenes que mejor caracterizan esta permanente tensión del pensamiento simmeliano. Me refiero al breve ensayo sobre el "puente" y la "puerta" donde Simmel termina así :

"Porque el hombre es el ser que liga, que siempre debe separar y que sin separar no puede ligar, por esto debemos concebir la existencia meramente indiferente de ambas

orillas, ante todo espiritualmente, como una separación, para ligarlas por medio de un puente. Y del mismo modo el hombre es el ser fronterizo ue no tiene ninguna frontera. El cierre de su ser-en-casa por medio de la puerta significa ciertamente que separa una parcela de la unidad ininterrumpida del ser natural. Pero como así la delimitación informe se torna en una configuración, así también su delimitabilidad encuentra su sentido y su dignidad ´ por primera vez en aquello que la movilidad de la puerta hace perceptible: en la posibilidad de salirse a cada instante de esta delimitación hacia la libertad” (Simmel, 1986: p.34)

FINAL